

# ANTOLOGÍA POÉTICA DE

## ANTONIO MACHADO

Poeta español nacido en Sevilla en 1875 y fallecido en Collioure, Francia, en 1939.

Doctor en Filosofía y letras, fue catedrático de francés en los Institutos de Soria, Segovia, Baeza y Madrid. En 1927 fue elegido Académico de la Real Española, cuyo discurso de ingreso no pronunció nunca.

Está considerado como uno de los grandes poetas de la lengua castellana. Su vasta obra poética se caracteriza por la sencillez y precisión en el lenguaje. Cantó a la tierra, al mar, a los olivos, y en diversos tonos a la gloria del amor. En su poesía se refleja la visión dolida de su patria y la recreación de la belleza que encierran las pequeñas cosas.

Los siguientes poemas pertenecen a su poemario *Campos de Castilla*.

### RETRATO

Mi infancia son recuerdos de un patio de Sevilla  
y un huerto claro donde madura el limonero;  
mi juventud, veinte años en tierra de Castilla;  
mi historia, algunos casos que recordar no quiero.  
Ni un seductor Mañara ni un Bradomín he sido  
—ya conocéis mi torpe aliño indumentario—;  
mas recibí la flecha que me asignó Cupido  
y amé cuanto ellas pueden tener de hospitalario.  
Hay en mis venas gotas de sangre jacobina,  
pero mi verso brota de manantial sereno;  
y, más que un hombre al uso que sabe su doctrina,  
soy, en el buen sentido de la palabra, bueno.  
Adoro la hermosura, y en la moderna estética  
corté las viejas rosas del huerto de Ronsard;  
mas no amo los afeites de la actual cosmética

ni soy un ave de esas del nuevo gay-trinar.  
Desdeño las romanzas de los tenores huecos  
y el coro de los grillos que cantan a la luna.  
A distinguir me paro las voces de los ecos,  
y escucho solamente, entre las voces, una.  
¿Soy clásico o romántico? No sé. Dejar quisiera  
mi verso como deja el capitán su espada:  
famosa por la mano viril que la blandiera,  
no por el docto oficio del forjador preciada.  
Converso con el hombre que siempre va conmigo  
—quien habla solo espera hablar a Dios un día—;  
mi soliloquio es plática con este buen amigo  
que me enseñó el secreto de la filantropía.  
Y al cabo, nada os debo; debéisme cuanto he escrito.  
A mi trabajo acudo, con mi dinero pago  
el traje que me cubre y la mansión que habito,  
el pan que me alimenta y el lecho en donde yago.  
Y cuando llegue el día del último viaje  
y esté a partir la nave que nunca ha de tornar,  
me encontraréis a bordo ligero de equipaje,  
casi desnudo, como los hijos de la mar.



### POR TIERRAS DE ESPAÑA

El hombre de estos campos que incendia los pinares  
y su despojo aguarda como botín de guerra,  
antaño hubo raído los negros encinares,  
talado los robustos robledos de la sierra.  
Hoy ve sus pobres hijos huyendo de sus lares;  
la tempestad llevarse los limos de la tierra  
por los sagrados ríos hacia los anchos mares;  
y en páramos malditos trabaja, sufre y yerra.  
Es hijo de una estirpe de rudos caminantes,  
pastores que conducen sus hordas de merinos

a Extremadura fértil, rebaños trashumantes  
 que mancha el polvo y dora el sol de los caminos.  
 Pequeño, ágil, sufrido, los ojos de hombre astuto,  
 hundidos, recelosos, movibles; y trazadas  
 cual arco de ballesta, en el semblante enjuto  
 de pómulos salientes, las cejas muy pobladas.  
 Abunda el hombre malo del campo y de la aldea,  
 capaz de insanos vicios y crímenes bestiales,  
 que bajo el pardo sayo esconde un alma fea,  
 esclava de los siete pecados capitales.  
 Los ojos siempre turbios de envidia o de tristeza,  
 guarda su presa y llora la que el vecino alcanza;  
 ni para su infortunio ni goza su riqueza;  
 le hieren y acongojan fortuna y malandanza.  
 El numen de estos campos es sanguinario y fiero:  
 al declinar la tarde, sobre el remoto alcor,  
 veréis agigantarse la forma de un arquero,  
 la forma de un inmenso centauro flechador.  
 Veréis llanuras bélicas y páramos de asceta  
 —no fue por estos campos el bíblico jardín—;  
 son tierras para el águila, un trozo de planeta  
 por donde cruza errante la sombra de Caín.



## ORILLAS DEL DUERO

¡Primavera soriana, primavera  
 humilde, como el sueño de un bendito,  
 de un pobre caminante que durmiera  
 de cansancio en un páramo infinito!  
 ¡Campillo amarillento,  
 como tosco sayal de campesina,  
 pradera de velludo polvoriento  
 donde pace la escuálida merina!  
 ¡Aquellos diminutos pegujales

de tierra dura y fría,  
 donde apuntan centenos y trigales  
 que el pan moreno nos darán un día!  
 Y otra vez roca y roca, pedregales  
 desnudos y pelados serrijones,  
 la tierra de las águilas caudales,  
 malezas y jarales,  
 hierbas monteses, zarzas y cambrones.  
 ¡Oh tierra ingrata y fuerte, tierra mía!  
 ¡Castilla, tus decrepitas ciudades!  
 ¡La agria melancolía  
 que puebla tus sombrías soledades!  
 ¡Castilla varonil, adusta tierra;  
 Castilla del desdén contra la suerte,  
 Castilla del dolor y de la guerra,  
 tierra inmortal, Castilla de la muerte!  
 Era una tarde, cuando el campo huía  
 del sol, y en el asombro del planeta,  
 como un globo morado aparecía  
 la hermosa luna, amada del poeta.  
 En el cárdeno cielo violeta  
 alguna clara estrella fulguraba.  
 El aire ensombrecido  
 oreaba mis sienes y acercaba  
 el murmullo del agua hasta mi oído.  
 Entre cerros de plomo y de ceniza  
 manchados de roídos encanares,  
 y entre calvas roquedas de caliza,  
 iba a embestir los ocho tajamares  
 del puente el padre río,  
 que surca de Castilla el yermo frío.  
 ¡Oh Duero, tu agua corre  
 y correrá mientras las nieves blancas  
 de enero el sol de mayo  
 haga fluir por hoces y barrancas;  
 mientras tengan las sierras su turbante  
 de nieve y de tormenta,

y brille el olifante  
del sol, tras de la nube cenicienta!...  
¿Y el viejo romancero  
fue el sueño de un juglar junto a tu orilla?  
¿Acaso como tú y por siempre, Duero,  
irá corriendo hacia la mar Castilla?



#### EN ABRIL, LAS AGUAS MIL

Son de abril las aguas mil.  
Sopla el viento achubascado,  
y entre nublado y nublado  
hay trozos de cielo añil.  
Agua y sol. El iris brilla.  
En una nube lejana,  
zigzaguea  
una centella amarilla.  
La lluvia da en la ventana  
y el cristal repiquetea.  
A través de la neblina  
que forma la lluvia fina,  
se divisa un prado verde,  
y un encinar se esfumina,  
y una sierra gris se pierde.  
Los hilos del aguacero  
sesgan las nacientes frondas,  
y agitan las turbias ondas  
en el remanso del Duero.  
Lloviendo está en los habares  
y en las pardas sementeras;  
hay sol en los encinares,  
charcos por las carreteras.  
Lluvia y sol. Ya se oscurece  
el campo, ya se ilumina;

allí un cerro desaparece,  
allá surge una colina.  
Ya son claros, ya sombríos  
los dispersos caseríos,  
los lejanos torreones.  
Hacia la sierra plumiza  
van rodando en pelotones  
nubes de guata y ceniza.



#### EL TREN

Yo, para todo viaje  
—siempre sobre la madera  
de mi vagón de tercera—,  
voy ligero de equipaje.  
Si es de noche, porque no  
acostumbro a dormir yo,  
y de día, por mirar  
los arbolitos pasar,  
yo nunca duermo en el tren,  
y, sin embargo, voy bien.  
¡Este placer de alejarse!  
Londres, Madrid, Ponferrada,  
tan lindos... para marcharse.  
Lo molesto es la llegada.  
Luego, el tren, al caminar,  
siempre nos hace soñar;  
y casi, casi olvidamos  
el jamelgo que montamos.  
¡Oh el pollino  
que sabe bien el camino!  
¿Dónde estamos?  
¿Dónde todos nos bajamos?  
¡Frente a mí va una monjita  
tan bonita!

Tiene esa expresión serena  
que a la pena  
da una esperanza infinita.  
Y yo pienso: Tú eres buena;  
porque diste tus amores  
a Jesús; porque no quieres  
ser madre de pecadores.  
Mas tú eres  
maternal,  
bendita entre las mujeres,  
madrecita virginal.  
Algo en tu rostro es divino  
bajo tus cofias de lino.  
Tus mejillas  
—esas rosas amarillas—  
fueron rosadas, y, luego,  
ardió en tus entrañas fuego;  
y hoy, esposa de la Cruz,  
ya eres luz, y sólo luz...  
¡Todas las mujeres bellas  
fueran, como tú, doncellas  
en un convento a encerrarse!...  
Y la niña que yo quiero,  
¡ay!, preferirá casarse  
con un mocito barbero!  
El tren camina y camina,  
y la máquina resuella,  
y tose con tos ferina.  
¡Vamos en una centella!



## LA TIERRA DE ALVARGONZÁLEZ

Al poeta Juan Ramón Jiménez

### I

Siendo mozo Alvargonzález,  
dueño de mediana hacienda,  
que en otras tierras se dice  
bienestar y aquí opulencia,  
en la feria de Berlanga  
prendóse de una doncella,  
y la tomó por mujer  
al año de conocerla.  
Muy ricas las bodas fueron,  
y quien las vio las recuerda:  
sonadas las tornabodas  
que hizo Alvar en su aldea;  
hubo gaitas, tamboriles,  
flauta, bandurria y vihuela,  
fuegos a la valenciana  
y danza a la aragonesa.

### II

Feliz vivió Alvargonzález  
en el amor de su tierra.  
Nacióronle tres varones,  
que en el campo son riqueza,  
y, ya crecidos, los puso,  
uno a cultivar la huerta,  
otro a cuidar los merinos,  
y dio el menor a la iglesia.

### III

Mucha sangre de Caín  
tiene la gente labriega,  
y en el hogar campesino  
armó la envidia pelea.  
Casáronse los mayores;

tuvo Alvargonzález nueros,  
que le trajeron cizaña,  
antes que nietos le dieran.  
La codicia de los campos  
ve tras la muerte la herencia;  
no goza de lo que tiene  
por ansia de lo que espera.  
El menor, que a los latines  
prefería las doncellas  
hermosas y no gustaba  
de vestir por la cabeza,  
colgó la sotana un día  
y partió a lejanas tierras.  
La madre lloro, y el padre  
diole bendición y herencia.

IV  
Alvargonzález ya tiene  
la adusta frente arrugada;  
por la barba le platea  
la sombra azul de la cara.  
Una mañana de otoño  
salió solo de su casa;  
no llevaba sus lebreles,  
agudos canes de caza;  
iba triste y pensativo  
por la alameda dorada;  
anduvo largo camino  
y llegó a una fuente clara.  
Echóse en la tierra, puso  
sobre una piedra la manta,  
y a la vera de la fuente  
durmió al arrullo del agua.

## El sueño

I  
Y Alvargonzález veía,  
como Jacob, una escala  
que iba de la tierra al cielo,  
y oyó una voz que le hablaba.  
Mas las hadas hilanderas,  
entre las vedijas blancas  
y vellones de oro, han puesto  
un mechón de negra lana.

II  
Tres niños están jugando  
a la puerta de su casa;  
entre los mayores brinca  
un cuervo de negras alas.  
La mujer vigila, cose  
y, a ratos, sonríe y canta.  
—Hijos, ¿qué hacéis?—les pregunta.  
Ellos se miran y callan.  
—Subid al monte, hijos míos,  
y antes que la noche caiga,  
con un brazado de estepas  
hacedme una buena llama.

III  
Sobre el lar de Alvargonzález  
está la leña apilada;  
el mayor quiere encenderla,  
pero no brota la llama.  
—Padre, la hoguera no prende,  
está la estepa mojada.  
Su hermano viene a ayudarle  
y arroja astillas y ramas  
sobre los troncos de roble;  
pero el rescoldo se apaga.

Acude el menor y enciende,  
bajo la negra campana  
de la cocina, una hoguera  
que alumbra toda la casa.

#### IV

Alvargonzález levanta  
en brazos al más pequeño  
y en sus rodillas lo sienta:  
—Tus manos hacen el fuego;  
aunque el último naciste,  
tú eres en mi amor primero.  
Los dos mayores se alejan  
por los rincones del sueño.  
Entre los dos fugitivos  
reluce un hacha de hierro.

#### **Aquella tarde...**

##### I

Sobre los campos desnudos,  
la luna llena manchada  
de un arrebol purpurino,  
enorme globo, asomaba.  
Los hijos de Alvargonzález  
silenciosos caminaban,  
y han visto al padre dormido  
junto de la fuente clara.

##### II

Tiene el padre entre las cejas  
un ceño que le aborrasca  
el rostro, un tachón sombrío  
como la huella de un hacha.  
Soñando está con sus hijos,  
que sus hijos lo apuñalan,  
y cuando despierta mira  
que es cierto lo que soñaba.

#### III

A la vera de la fuente  
quedó Alvargonzález muerto.  
Tiene cuatro puñaladas  
entre el costado y el pecho,  
por donde la sangre brota,  
más un hachazo en el cuello.  
Cuenta la hazaña del campo  
el agua clara corriendo,  
mientras los dos asesinos  
huyen hacia los hayedos.  
Hasta la Laguna Negra,  
bajo las fuentes del Duero,  
llevan el muerto, dejando  
detrás un rastro sangriento;  
y en la laguna sin fondo,  
que guarda bien los secretos,  
con una piedra amarrada  
a los pies, tumba le dieron.

#### IV

Se encontró junto a la fuente  
la manta de Alvargonzález,  
y camino del hayedo,  
se vio un reguero de sangre.  
Nadie de la aldea ha osado  
a la laguna acercarse,  
y el sonarla inútil fuera,  
que es la laguna insondable.  
Un buhonero que cruzaba  
aquellas tierras errante,  
fue en Dauria acusado, preso  
y muerto en garrote infame.

## V

Pasados algunos meses,  
la madre murió de pena.  
Los que muerta la encontraron  
dicen que las manos yertas  
sobre su rostro tenía,  
oculto el rostro con ellas.

## VI

Los hijos de Alvargonzález  
ya tienen majada y huerta,  
campos de trigo y centeno  
y prados de fina hierba;  
en el olmo viejo, hendido  
por el rayo, la colmena,  
dos yuntas para el arado,  
un mastín y mil ovejas.

### Otros días

## I

Ya están las zarzas floridas  
y los ciruelos blanquean;  
ya las abejas doradas  
liban para sus colmenas,  
y en los nidos, que coronan  
las torres de las iglesias,  
asoman los garabatos  
ganchudos de las cigüeñas.  
Ya los olmos del camino  
y chopos de las riberas  
de los arroyos, que buscan  
al padre Duero, verdean.  
El cielo está azul, los montes  
sin nieve son de violeta.  
La tierra de Alvargonzález se  
colmará de riqueza;  
muerto está quien la ha labrado,

mas no le cubre la tierra.

## II

La hermosa tierra de España,  
adusta, fina y guerrera  
Castilla, de largos ríos,  
tiene un puñado de sierras  
entre Soria y Burgos como  
reductos de fortaleza,  
como yelmos crestados,  
y Urbión es una cimera.

## III

Los hijos de Alvargonzález,  
por una empinada senda,  
para tomar el camino  
de Salduero a Covaleta,  
cabalgan en pardas mulas,  
bajo el pinar de Vinuesa.  
Van en busca de ganado  
con que volver, a su aldea,  
y por tierra de pinares  
larga jornada comienzan.  
Van Duero arriba, dejando  
atrás los arcos de piedra  
del puente y el caserío  
de la ociosa y opulenta  
villa de indianos. El río,  
al fondo del valle, suena,  
y de las cabalgaduras  
los cascotes baten las piedras.  
A la otra orilla del Duero  
canta una voz lastimera:  
«La tierra de Alvargonzález  
se colmará de riqueza,  
y el que la tierra ha labrado  
no duerme bajo la tierra.»

#### IV

Llegados son a un paraje  
en donde el pinar se espesa,  
y el mayor, que abre la marcha,  
su parda mula espolea,  
diciendo: —Démonos prisa;  
porque son más de dos leguas  
de pinar y hay que apurarlas  
antes que la noche venga.  
Dos hijos del campo, hechos  
a quebradas y asperezas,  
porque recuerdan un día  
la tarde en el monte tiemblan.  
Allá en lo espeso del bosque  
otra vez la copla suena:  
«La tierra de Alvargonzález  
se colmará de riqueza,  
y el que la tierra ha labrado  
no duerme bajo la tierra.»

#### V

Desde Salduero el camino  
va al hilo de la ribera;  
a ambas márgenes del río  
el pinar crece y se eleva,  
y las rocas se aborrascan,  
al par que el valle se estrecha.  
Los fuertes pinos del bosque,  
con sus copas gigantescas  
y sus desnudas raíces  
amarradas a las piedras;  
los de troncos plateados  
cuyas frondas azulean,  
pinos jóvenes; los viejos  
cubiertos de blanca lepra,  
musgos y líquenes canos

que el grueso tronco rodean,  
colman el valle y se pierden  
rebasando ambas laderas.  
Juan, el mayor, dice:—Hermano,  
si Blas Antonio apacienta  
cerca de Urbión su vacada,  
largo camino nos queda.  
—Cuanto hacia Urbión alarguemos  
se puede acortar de vuelta,  
tomando por el atajo,  
hacia la Laguna Negra,  
y bajando por el puerto  
de Santa Inés a Vinuesa.  
—Mala tierra y peor camino.  
Te juro que no quisiera  
verlos otra vez. Cerremos  
los tratos en Covaleda;  
hagamos noche y, al alba,  
volvámonos a la aldea  
por este valle, que, a veces,  
quien piensa atajar rodea.  
Cerca del río cabalgan  
los hermanos, y contemplan  
cómo el bosque centenario,  
al par que avanzan, aumenta,  
y los peñascos del monte  
el horizonte les cierran.  
El agua que va saltando,  
parece que canta o cuenta;  
«La tierra de Alvargonzález  
se colmará de riqueza,  
y el que la tierra ha labrado  
no duerme bajo la tierra.»



## Castigo

I

Aunque la codicia tiene  
redil que encierre la oveja,  
trojes que guardan el trigo,  
bolsas para la moneda,  
y .garras, no tiene manos  
que sepan labrar la tierra.  
Así, a un año de abundancia  
siguió un año de pobreza.

II

En los sembrados crecieron  
las amapolas sangrientas;  
pudrió el tizón las espigas  
de trigales y de avenas;  
hielos tardíos mataron  
en flor la fruta en la huerta,  
y una mala hechicería  
hizo enfermar las ovejas.  
A los dos Alvargonzález  
maldijo Dios en sus tierras,  
y al año pobre siguieron  
luengos años de miseria.

III

Es una noche de invierno.  
Cae la nieve en remolinos.  
Los Alvargonzález velan  
un fuego casi extinguido.  
El pensamiento amarrado  
tienen a un recuerdo mismo,  
y en las ascuas mortecinas  
del hogar los ojos fijos.  
No tienen leña ni sueño.  
Larga es la noche y el frío  
mucho. Un candilejo humea

en el muro ennegrecido.

El aire agita la llama,  
que pone un fulgor rojizo  
sobre entrambas pensativas  
testas de los asesinos.  
El mayor de Alvargonzález,  
lanzando un ronco suspiro,  
rompe el silencio, exclamando:  
—Hermano, ¡qué mal hicimos!  
El viento la puerta bate,  
hace temblar el postigo,  
y suena en la chimenea  
con hueco y largo bramido.  
Después el silencio vuelve,  
y a intervalos el pabilo  
del candil chisporrotea  
en el aire aterecido.  
El segundo dijo: —¡Hermano,  
demos lo viejo al olvido!

## El viajero

I

Es una noche de invierno.  
Azota el viento las ramas  
de los álamos. La nieve  
ha puesto la tierra blanca.  
Bajo la nevada, un hombre  
por el camino cabalga;  
va cubierto hasta los ojos,  
embozado en negra capa.  
Entrado en la aldea, busca  
de Alvargonzález la casa,  
y ante su puerta llegado,  
sin echar pie a tierra, llama.

## II

Los dos hermanos oyeron  
una aldaba a la puerta,  
y de una cabalgadura  
los cascos sobre las piedras.  
Ambos los ojos alzaron  
llenos de espanto y sorpresa.  
—¿Quién es?, responde—gritaron.  
—Miguel—respondieron fuera.  
Era la voz del viajero  
que partió a lejanas tierras.

## III

Abierto el portón, entróse  
a caballo el caballero  
y echó pie a tierra. Venía  
todo de nieve cubierto.  
En brazos de sus hermanos  
lloro algún rato en silencio.  
Después dio el caballo al uno,  
al otro capa y sombrero,  
y en la estancia campesina  
busco el arrimo del fuego.

## IV

El menor de los hermanos,  
que niño y aventurero  
fue más allá de los mares  
y hoy torna indiano opulento,  
vestía con negro traje  
de peludo terciopelo,  
ajustado a la cintura  
por ancho cinto de cuero.  
Gruesa cadena formaba  
un bucle de oro en su pecho.  
Era un hombre alto y robusto,  
con ojos grandes y negros

llenos de melancolía;  
la tez, de color moreno,  
y sobre la frente comba  
enmarañados cabellos;  
el hijo que saca porte  
señor de padre labriego,  
a quien fortuna le debe  
amor, poder y dinero.  
De los tres Alvargonzález  
era Miguel el más bello;  
porque al mayor afeaba  
el muy poblado entrecejo  
bajo la frente mezquina;  
y al segundo, los inquietos  
ojos que mirar no saben  
de frente, torvos y fieros.

## V

Los tres hermanos contemplan  
el triste hogar en silencio;  
y con la noche cerrada  
arrecia el frío y el viento.  
—Hermanos, ¿no tenéis leña?  
—dice Miguel.  
—No tenemos  
—responde el mayor.  
Un hombre,  
milagrosamente, ha abierto  
la gruesa puerta cerrada  
con doble barra de hierro.  
El hombre que ha entrado tiene  
el rostro del padre muerto.  
Un halo de luz dorada  
orla sus blancos cabellos.  
Lleva un haz de leña al hombro  
y empuña un hacha de hierro.

### **El indiano**

I

De aquellos campos malditos,  
Miguel a sus dos hermanos  
compró una parte, que mucho  
caudal de América trajo,  
y aun en tierra mala, el oro  
lució mejor que enterrado,  
y más en mano de pobres  
que oculto en orza de barro.  
Diose a trabajar la tierra  
con fe y tesón el indiano,  
y a laborar los mayores  
sus pegujales tornaron.  
Ya con macizas espigas,  
preñadas de rubios granos,  
a los campos de Miguel  
tornó el fecundo verano;  
y ya de aldea en aldea  
se cuenta como un milagro  
que los asesinos tienen  
la maldición en sus campos.  
Ya el pueblo canta una copla  
que narra el crimen pasado:  
«A la orilla de la fuente  
lo asesinaron.  
¡Qué mala muerte le dieron  
los hijos malos!  
En la laguna sin fondo  
al padre muerto arrojaron.  
No duerme bajo la tierra  
el que la tierra ha labrado.»

II

Miguel, con sus dos lebreles  
y armado de su escopeta,  
hacia el azul de los montes,

en una tarde serena,  
caminaba entre los verdes  
chopos de la carretera,  
y oyó una voz que cantaba:  
«No tiene tumba en la tierra.  
entre los pinos del valle  
del Revinuesa,  
al padre muerto llevaron  
hasta la Laguna Negra».

### **La casa**

I

La casa de Alvargonzález  
era una casona vieja,  
con cuatro estrechas ventanas,  
separada de la aldea  
cien pasos y entre dos olmos  
que, gigantes centinelas,  
sombra le dan en verano  
y en el otoño hojas secas.  
Es casa de labradores,  
gente, aunque rica, plebeya,  
donde el hogar humeante  
con sus escaños de piedra  
se ve sin entrar, si tiene  
abierta al campo la puerta.  
Al arrimo del rescoldo  
del hogar borbollonean  
dos pucherillos de barro,  
que a dos familias sustentan.  
A diestra mano, la cuadra  
y el corral; a la siniestra,  
huerto y abejar, y al fondo,  
una gastada escalera,  
que va a las habitaciones  
partidas en dos viviendas.  
Los Alvargonzález moran

con sus mujeres en ellas.  
A ambas parejas, que hubieron,  
sin que lograrse pudieran,  
dos hijos, sobrado espacio  
les da la casa paterna.  
En una estancia que tiene  
luz al huerto, hay una mesa  
con gruesa tabla de roble,  
dos sillones de vaqueta,  
colgado en el muro un negro  
ábaco de enormes cuentas,  
y unas espuelas mohosas  
sobre un arcón de madera.  
Era una estancia olvidada  
donde hoy Miguel se aposenta.  
Y era allí donde los padres  
veían en primavera  
el huerto en flor, y en el cielo  
de mayo, azul, la cigüeña  
—cuando las rosas se abren  
y los zarzales blanquean—  
que enseñaba a sus hijuelos  
a usar de las alas lentas.  
Y en las noches del verano,  
cuando la calor desvela,  
desde la ventana al dulce  
ruiseñor cantar oyeran.  
Fue allí donde Alvargonzález,  
del orgullo de su huerta  
y del amor de los suyos,  
sacó sueños de grandeza.  
Cuando en brazos de la madre  
vio la figura risueña  
del primer hijo, bruñida  
de rubio sol la cabeza  
del niño que levantaba  
las codiciosas, pequeñas

manos a las rojas guindas  
y a las moradas ciruelas,  
o aquella tarde de otoño  
dorada, plácida y buena,  
él pensó que ser podría  
feliz el hombre en la tierra.  
Hoy canta el pueblo una copla  
que va de aldea en aldea:  
«¡Oh casa de Alvargonzález,  
qué malos días te esperan;  
casa de los asesinos,  
que nadie llame a tu puerta!»

## II

Es una tarde de otoño.  
En la alameda dorada  
no quedan ya ruiseñores;  
enmudeció la cigarra.  
Las últimas golondrinas  
que no emprendieron la marcha,  
morirán, y las cigüeñas,  
de sus nidos de retamas  
en torres y campanarios,  
huyeron.  
Sobre la casa  
de Alvargonzález, los olmos  
sus hojas, que el viento arranca,  
van dejando. Todavía  
las tres redondas acacias,  
en el atrio de la iglesia,  
conservan verdes sus ramas,  
y las castañas de Indias  
a intervalos se desgajan  
cubiertas de sus erizos;  
tiene el rosal rosas grana  
otra vez, y en las praderas  
brilla la alegre otoñada.

En laderas y en alcores,  
en ribazos y en cañadas,  
el verde nuevo y la hierba,  
aun del estío quemada,  
alternan; los serrijones  
pelados, las lomas calvas,  
se coronan de plumizas  
nubes apelotonadas;  
y bajo el pinar gigante,  
entre las marchitas zarzas  
y amarillentos helechos,  
corren las crecidas aguas  
a engrosar el padre río  
por canchales y barrancas.  
Abunda en la tierra un gris  
de plomo y azul de plata,  
con manchas de roja herrumbre,  
todo envuelto en luz violada.  
¡Oh tierras de Alvargonzález,  
en el corazón de España,  
tierras pobres, tierras tristes,  
tan tristes que tienen alma!  
Páramo que cruza el lobo  
aullando a la luna clara  
de bosque a bosque, baldíos  
llenos de peñas rodadas,  
donde roída de buitres  
brilla una osamenta blanca;  
pobres campos solitarios  
sin caminos ni posadas,  
¡oh pobres campos malditos,  
pobres campos de mi patria!

### **La tierra**

#### **I**

Una mañana de otoño,  
Juan y el indiano aparejan

las dos yuntas de la casa.  
Martín se quedó en el huerto  
arrancando hierbas malas.

#### **II**

Una mañana de otoño,  
cuando los campos se aran,  
sobre un otero, que tiene  
el cielo de la mañana  
por fondo, la parda yunta  
de Juan lentamente avanza.  
Cardos, lampazos y abrojos,  
avena loca y cizaña  
llenar la tierra maldita,  
tenaz a pico y escarda.  
Del corvo arado de roble  
la hundida reja trabaja  
con vano esfuerzo; parece  
que al par que hiende la entraña  
del campo y hace camino,  
se cierra otra vez la zanja.  
“Cuando el asesino labre  
será su labor pesada;  
antes que un surco en la tierra,  
tendrá una arruga en la cara”.

#### **III**

Martín, que estaba en la huerta  
cavando, sobre su azada  
quedó apoyado un momento;  
frío sudor le bañaba  
el rostro.  
Por el oriente,  
la luna llena, manchada  
de un arrebol purpurino,  
lucía tras de la tapia  
del huerto.

Martín tenía  
la sangre de horror helada.  
La azada que hundió en la tierra  
teñida de sangre estaba.

#### IV

En la tierra en que ha nacido  
supo afincar el indiano;  
por mujer a una doncella  
rica y hermosa ha tomado.  
La hacienda de Alvargonzález  
ya es suya, que sus hermanos  
todo le vendieron: casa,  
huerto, colmenar y campo.

#### Los asesinos

##### I

Juan y Martín, los mayores  
de Alvargonzález, un día  
pesada marcha emprendieron  
con el alba, Duero arriba.  
La estrella de la mañana  
en el alto azul ardía.  
Se iba tiñendo de rosa  
la espesa y blanca neblina  
de los valles y barrancos,  
y algunas nubes plumizas  
a Urbión, donde el Duero nace,  
como un turbante ponían.  
Se acercaban a la fuente.  
El agua clara corría,  
sonando cual si contara  
una vieja historia dicha  
mil veces y que tuviera  
mil veces que repetirla.  
Agua que corre en el campo  
dice en su monotonía:

«Yo sé el crimen; ¿no es un crimen,  
cerca del agua, la vida?»  
Al pasar los dos hermanos  
relataba el agua limpia:  
«A la vera de la fuente  
Alvargonzález dormía.»

##### II

—Anoche, cuando volvía  
a casa—Juan a su hermano  
dijo—, a la luz de la luna  
era la huerta un milagro.  
Lejos, entre los rosales,  
divisé un hombre inclinado  
hacia la tierra; brillaba  
una hoz de plata en su mano.  
Después irguióse y, volviendo  
el rostro, dio algunos pasos  
por el huerto, sin mirarme,  
y a poco lo vi encorvado  
otra vez sobre la tierra.  
Tenía el cabello blanco.  
La luna llena brillaba,  
y era la huerta un milagro.

##### III

Pasado habían el puerto  
de Santa Inés, ya mediada  
la tarde, una tarde triste  
de noviembre, fría y parda.  
Hacia la Laguna Negra  
silenciosos caminaban.

##### IV

Cuando la tarde caía,  
entre las vetustas hayas  
y los pinos centenarios,

un rojo sol se filtraba.  
Era un paraje de bosque  
y peñas aborascadas;  
aquí bocas que bostezan  
o monstruos de fieras garras;  
allí una informe joroba,  
allá una grotesca panza,  
torvos hocicos de fieras  
y dentaduras melladas,  
rocas y rocas, y troncos  
y troncos, ramas y ramas.  
En el hondón del barranco,  
la noche, el miedo y el agua.

#### V

Un lobo surgió; sus ojos  
lucían como dos ascuas.  
Era la noche, una noche  
húmeda, oscura y cerrada.  
Los dos hermanos quisieron  
volver. La selva ululaba.  
Cien ojos fieros ardían  
en la selva, a sus espaldas.

#### VI

Llegaron los asesinos  
hasta la Laguna Negra,  
agua transparente y muda  
que enorme muro de piedra,  
donde los buitres anidan  
y el eco duerme, rodea;  
agua clara donde beben  
las águilas de la sierra,  
donde el jabalí del monte  
y el ciervo y el corzo abrevan;  
agua pura y silenciosa  
que copia cosas eternas;

agua impasible que guarda  
en su seno las estrellas.  
—¡Padre! —gritaron; al fondo  
de la laguna serena  
cayeron, y el eco, ¡padre!  
repitió de peña en peña.



#### A UN OLMO SECO

Al olmo viejo, hendido por el rayo  
y en su mitad podrido,  
con las lluvias de abril y el sol de mayo  
algunas hojas verdes le han salido.  
¡El olmo centenario en la colina  
que lame el Duero! Un musgo amarillento  
le mancha la corteza blanquecina  
al tronco carcomido y polvoriento.  
No será, cual los álamos cantores  
que guardan el camino y la ribera,  
habitado de pardos ruiseñores.  
Ejército de hormigas en hilera  
va trepando por él, y en sus entrañas  
urden sus telas grises las arañas.  
Antes que te derribe, olmo del Duero,  
con su hacha el leñador, y el carpintero  
te convierta en melena de campana,  
lanza de carro o yugo de carreta;  
antes que rojo en el hogar, mañana,  
ardas, de alguna mísera caseta,  
al borde de un camino;  
antes que te descuaje un torbellino  
y tronche el soplo de las sierras blancas;  
antes que el río hasta la mar te empuje

por valles y barrancas,  
olmo, quiero anotar en mi cartera  
la gracia de tu rama verdecida.  
Mi corazón espera  
también, hacia la luz y hacia la vida,  
otro milagro de la primavera.

*Soria 1912*



## RECUERDOS

¡Oh Soria! , cuando miro los frescos naranjales  
cargados de perfume, y el campo enverdecido,  
abiertos los jazmines, maduros los trigales,  
azules las montañas y el olivar florido;  
Guadalquivir corriendo al mar entre vergeles;  
y al sol de abril los huertos colmados de azucenas,  
y los enjambres de oro, para libar sus mieles  
dispersos en los campos, huir de sus colmenas;  
yo sé la encina roja crujiendo en tus hogares,  
barriendo el cierzo helado tu campo empedernido;  
y en sierras agrias sueño— ¡Urbión, sobre pinares!  
¡Moncayo blanco, al cielo aragonés erguido!—.  
Y pienso: Primavera, como un escalofrío  
irá a cruzar el alto solar del romancero,  
ya verdearán de chopos las márgenes del río.  
¿Dará sus verdes hojas el olmo aquel del Duero?  
Tendrán los campanarios de Soria sus cigüeñas,  
y la roqueda parda más de un zarzal en flor;  
ya los rebaños blancos, por entre grises peñas,  
hacia los altos prados conducirá el pastor.  
¡Oh, en el azul, vosotras, viajeras golondrinas  
que vais al joven Duero, zagales y merinos,  
con rumbo hacia las altas praderas numantinas,  
por las cañadas hondas y al sol de los caminos;

hayedos y pinares que cruza el ágil ciervo;  
montañas, serrijones, lomazos, parameras,  
en donde reina el águila, por donde busca el cuervo  
su infecto expoliario; menudas sementeras  
cual sayos cenicientos; casetas y majadas  
entre desnuda roca; arroyos y hontanares  
donde a la tarde beben las yuntas fatigadas;  
dispersos huertecillos, humildes abejas! ...  
¡Adiós, tierra de Soria; adiós el alto llano  
cercado de colinas y crestas miliars,  
alcores y roquedas del yermo castellano,  
fantasmas de robledos y sombras de encinares!  
En la desesperanza y en la melancolía  
de tu recuerdo, Soria, mi corazón se abreva.  
Tierra de alma, toda, hacia la tierra mía,  
por los floridos valles, mi corazón te lleva.

*En el tren, abril de 1912*



## CAMINOS

De la ciudad moruna  
tras las murallas viejas,  
yo contemplo la tarde silenciosa,  
a solas con mi sombra y con mi pena.  
El río va corriendo,  
entre sombrías huertas  
y grises olivares,  
por los alegres campos de Baeza.  
Tienen las vides pámpanos dorados  
sobre las rojas cepas.  
Guadalquivir, como un alfanje roto  
y disperso, reluce y espejea.  
Lejos, los montes duermen  
envueltos en la niebla,



niebla de otoño, maternal; descansan  
las rudas moles de su ser de piedra  
en esta tibia tarde de noviembre,  
tarde piadosa, cárdena y violeta.  
El viento ha sacudido  
los mustios olmos de la carretera,  
levantando en rosados torbellinos  
el polvo de la tierra.  
La luna está subiendo  
amoratada, jadeante y llena.  
Los caminitos blancos  
se cruzan y se alejan,  
buscando los dispersos caseríos  
del valle y de la sierra.  
Caminos de los campos...  
¡Ay, ya no puedo caminar con ella!



#### SEÑOR, YA ME ARRANCASTE LO QUE YO MÁS QUERÍA

Señor, ya me arrancaste lo que yo más quería.  
Oye otra vez, Dios mío, mi corazón clamar.  
Tu voluntad se hizo, Señor, contra la mía.  
Señor, ya estamos solos mi corazón y el mar.



#### ALLÁ, EN LAS TIERRAS ALTAS

Allá, en las tierras altas,  
por donde traza el Duero  
su curva de ballesta  
en torno a Soria, entre plumizos cerros  
y manchas de raídos encinares,

mi corazón está vagando, en sueños...  
¿No ves, Leonor, los álamos del río  
con sus ramajes yertos?  
Mira el Moncayo azul y blanco; dame  
tu mano y paseemos.  
Por estos campos de la tierra mía,  
bordados de olivares polvorientos,  
voy caminando solo,  
triste, cansado, pensativo y viejo.



#### DICE LA ESPERANZA: UN DÍA

Dice la esperanza: Un día  
la verás, si bien esperas.  
Dice la desesperanza:  
Sólo tu amargura es ella.  
Late, corazón... No todo  
se lo ha tragado la tierra.



#### SOÑÉ QUE TÚ ME LLEVABAS

Soñé que tú me llevabas  
por una blanca vereda,  
en medio del campo verde,  
hacia el azul de las sierras,  
hacia los montes azules,  
una mañana serena.  
Sentí tu mano en la mía,  
tu mano de compañera,  
tu voz de niña en mi oído  
como una campana nueva,

como una campana virgen  
de un alba de primavera.  
¡Eran tu voz y tu mano,  
en sueños, tan verdaderas!...  
Vive, esperanza, ¡quién sabe  
lo que se traga la tierra!



#### UNA NOCHE DE VERANO

Una noche de verano  
—estaba abierto el balcón  
y la puerta de mi casa—  
la muerte en mi casa entró.  
Se fue acercando a su lecho  
—ni siquiera me miró—,  
con unos dedos muy finos,  
algo muy tenue rompió.  
Silenciosa y sin mirarme,  
la muerte otra vez pasó  
delante de mí. ¿Qué has hecho?  
La muerte no respondió.  
Mi niña quedó tranquila,  
dolido mi corazón.  
¡Ay, lo que la muerte ha roto  
era un hilo entre los dos!



#### AL BORRARSE LA NIEVE, SE ALEJARON

Al borrarse la nieve, se alejaron  
los montes de la sierra.  
La vega ha verdecido  
al sol de abril, la vega  
tiene la verde llama,  
la vida, que no pesa;  
y piensa el alma en una mariposa,  
atlas del mundo, y sueña.  
Con el ciruelo en flor y el campo verde,  
con el glauco vapor de la ribera,  
en torno de las ramas,  
con las primeras zarzas que blanquean,  
con este dulce soplo  
que triunfa de la muerte y de la piedra,  
esta amargura que me ahoga fluye  
en esperanza de Ella...



#### A JOSÉ MARÍA PALACIO

Palacio, buen amigo,  
¿está la primavera  
vistiendo ya las ramas de los chopos  
del río y los caminos? En la estepa  
del alto Duero, Primavera tarda,  
¡pero es tan bella y dulce cuando llega!...  
¿Tienen los viejos olmos  
algunas hojas nuevas?  
Aun las acacias estarán desnudas  
y nevados los montes de las sierras.  
¡Oh mole del Moncayo blanca y rosa,  
allá en el cielo de Aragón, tan bella!

¿Hay zarzas florecidas  
entre las grises peñas,  
y blancas margaritas  
entre la fina hierba?  
Por esos campanarios  
ya habrán ido llegando las cigüeñas.  
Habrá trigales verdes,  
y mulas pardas en las sementeras,  
y labriegos que siembran los tardíos  
con las lluvias de abril. Ya las abejas  
libarán del tomillo y el romero.  
¿Hay ciruelos en flor? ¿Quedan violetas?  
Furtivos cazadores, los reclamamos  
de la perdiz bajo las capas luengas,  
no faltarán. Palacio, buen amigo,  
¿tienen ya ruiseñores las riberas?  
Con los primeros lirios  
y las primeras rosas de las huertas,  
en una tarde azul, sube al Espino,  
al alto Espino donde está su tierra...

*Baeza, 29 de Abril de 1913*



## OTRO VIAJE

Ya en los campos de Jaén  
amanece. Corre el tren  
por los brillantes rieles,  
devorando matorrales,  
alcaceles,  
terraplenes, pedregales,  
olivares, caseríos,  
praderas y cardizales,  
montes y valles sombríos.  
Tras la turbia ventanilla,

pasa la devanadera  
del campo de primavera.  
La luz en el techo brilla  
de mi vagón de tercera.  
Entre nubarrones blancos,  
oro y grana,  
la niebla de la mañana  
huyendo por los barrancos.  
¡Este insomne sueño mío!  
¡Este frío  
de un amanecer en vela!...  
Resonante,  
jadeante,  
marcha el tren. El campo vuela.  
Enfrente de mí, un señor  
sobre su manta dormido;  
un fraile y un cazador  
—el perro a sus pies tendido—.  
Yo contemplo mi equipaje,  
mi viejo saco de cuero;  
y recuerdo otro viaje  
hacia las tierras del Duero.  
Otro viaje de ayer  
por la tierra castellana,  
¡pinos del amanecer  
entre Almazán y Quintana!  
¡Y alegría  
de un viajar en compañía!  
¡Y la unión  
que ha roto la muerte un día!  
¡Mano fría  
que aprietas mi corazón!  
Tren: camina, silba, humea,  
acarrea  
tu ejército de vagones,  
ajetrea  
maletas y corazones.

Soledad,  
sequedad.  
Tan pobre me estoy quedando,  
que ya ni siquiera estoy  
conmigo, ni sé si voy  
conmigo a solas viajando.



## POEMA DE UN DÍA

### *Meditaciones rurales*

Heme aquí ya, profesor  
de lenguas vivas (ayer  
maestro de gay-saber,  
aprendiz de ruiseñor)  
en un pueblo húmedo y frío,  
destartalado y sombrío,  
entre andaluz y manchego.  
Invierno. Cerca del fuego.  
Fuera llueve un agua fina,  
que ora se trueca en neblina,  
ora se torna aguanieve.  
Fantástico labrador,  
pienso en los campos. ¡Señor,  
qué bien haces! Llueve, llueve  
tu agua constante y menuda  
sobre alcaceles y habares,  
tu agua muda,  
en viñedos y olivares.  
Te bendecirán conmigo  
los sembradores del trigo;  
los que viven de coger  
la aceituna;  
los que esperan la fortuna

de comer;  
los que hogaño  
como antaño  
tienen toda su moneda  
en la rueda,  
traidora rueda del año.  
¡Llueve, llueve; tu neblina  
que se torne en aguanieve,  
y otra vez en agua fina!  
¡Llueve, Señor; llueve, llueve!  
En mi estancia, iluminada  
por esta luz invernal  
—la tarde gris tamizada  
por la lluvia y el cristal—,  
sueño y medito.  
Clarea  
el reloj arrinconado,  
y su tic-tic, olvidado  
por repetido, golpea.  
Tic-tic, tic-tic... Ya te he oído.  
Tic-tic, tic-tic... Siempre igual,  
monótono y aburrido.  
Tic-tic, tic-tic, el latido  
de un corazón de metal.  
En estos pueblos, ¿se escucha  
el latir del tiempo? No.  
En estos pueblos se lucha  
sin tregua con el reló,  
con esa monotonía  
que mide un tiempo vacío.  
Pero ¿tu hora es la mía?  
¿Tu tiempo, reloj, el mío?  
(Tic-tic, tic-tic... ) Era un día  
(tic-tic, tic-tic) que pasó,  
y lo que yo más quería  
la muerte se lo llevó.  
Lejos suena un clamoreo

De campanas...  
Arrecia el repiqueteo  
de la lluvia en las ventanas.  
Fantástico labrador,  
vuelvo a mis campos. ¡Señor,  
cuánto te bendecirán  
los sembradores del pan!  
Señor, ¿no es tu lluvia ley  
en los campos que ara el buey  
y en los palacios del rey?  
¡Oh agua buena, deja vida  
en tu huida!  
¡Oh tú, que vas gota a gota,  
fuente a fuente y río a río,  
como este tiempo de hastío  
corriendo a la mar remota,  
con cuanto quiere nacer,  
cuanto espera  
florecer  
al sol de la primavera,  
sé piadosa,  
que mañana  
serás espiga temprana,  
prado verde, carne rosa,  
y más: razón y locura  
y amargura  
del querer y no poder  
creer, creer y creer!  
Anochece;  
el hilo de la bombilla  
se enrojece;  
luego brilla,  
resplandece  
poco más que una cerilla.  
Dios sabe dónde andarán  
mis gafas... Entre librotos,  
revistas y papelotes,

¿quién las encuentra?... Aquí están.  
Libros nuevos. Abro uno  
de Unamuno.  
¡Oh el dilecto,  
predilecto  
de esta España que se agita,  
porque nace o resucita!  
Siempre te ha sido, ¡oh Rector  
de Salamanca!, leal  
este humilde profesor  
de un instituto rural.  
Esa tu filosofía  
que llamas diletantesca,  
voltaria y funambulesca,  
gran don Miguel, es la mía.  
Agua del buen manantial,  
siempre viva,  
fugitiva;  
poesía, cosa cordial.  
¿Constructora?  
—No hay cimiento  
ni en el agua ni en el viento—.  
Bogadora,  
marinera  
hacia la mar sin ribera.  
Enrique Bergson: Los datos  
inmediatos  
de la conciencia. ¿Esto es  
otro embeleco francés?  
Este Bergson es un tuno;  
¿verdad, maestro Unamuno?  
Bergson no da, como aquel  
Immanuel,  
el volatín inmortal;  
este endiablado judío  
ha hallado el libre albedrío  
dentro de su mechinal.

No está mal:  
cada sabio, su problema,  
y cada loco, su tema.  
Mucho importa  
que en la vida mala y corta  
que llevamos  
libres o siervos seamos;  
mas, si vamos  
a la mar,  
lo mismo nos ha de dar.  
¡Oh estos pueblos! Reflexiones,  
lecturas y acotaciones  
pronto dan en lo que son:  
bostezos de Salomón.  
¿Todo es  
soledad de soledades,  
vanidad de vanidades,  
que dijo el Eclesiastés?  
Mi paraguas, mi sombrero,  
mi gabán... El aguacero  
amaina... Vámonos, pues.  
Es de noche. Se platica  
al fondo de una botica:  
—Yo no sé,  
don José,  
cómo son los liberales  
tan perros, tan inmorales.  
—¡Oh, tranquilícese usted!  
Pasados los carnavales  
vendrán los conservadores,  
buenos administradores  
de su casa.  
Todo llega y todo pasa.  
Nada eterno:  
ni gobierno  
que perdure,  
ni mal que cien años dure.

—Tras estos tiempos, vendrán  
otros tiempos y otros y otros,  
y lo mismo que nosotros,  
otros se jorobarán.  
Así es la vida, don Juan.  
—Es verdad, así es la vida.  
—La cebada está crecida.  
—Con estas lluvias...  
Y van  
las habas que es un primor.  
—Cierto; para marzo, en flor.  
Pero la escarcha, los hielos...  
—Y, además, los olivares  
están pidiendo a los cielos  
agua a torrentes.  
—A mares.  
¡Las fatigas, los sudores  
que pasan los labradores!  
En otro tiempo...  
—Llovía  
también cuando Dios quería.  
—Hasta mañana, señores.  
Tic-tic, tic-tic... Ya pasó  
un día como otro día,  
dice la monotonía  
del reló  
Sobre mi mesa Los datos  
de la conciencia, inmediatos.  
No está mal  
este yo fundamental,  
contingente y libre, a ratos,  
creativo, original;  
este yo que vive y siente  
dentro la carne mortal,  
¡ay! , por saltar impaciente  
las bardas de su corral.



## LA SAETA

*¿Quién me presta una escalera,  
para subir al madero  
para quitarle los clavos  
a Jesús el Nazareno?  
Saeta popular*  
¡Oh la saeta, el cantar  
al Cristo de los gitanos,  
siempre con sangre en las manos  
siempre por desenclavar!  
¡Cantar del pueblo andaluz  
que todas las primaveras  
anda pidiendo escaleras  
para subir a la cruz!  
¡Cantar de la tierra mía,  
que echa flores  
al Jesús de la agonía,  
y es la fe de mis mayores!  
¡Oh, no eres tú mi cantar!  
¡No puedo cantar, ni quiero,  
a ese Jesús del madero,  
sino al que anduvo en el mar!



## LOS OLIVOS

*A Manolo Ayuso*

I  
¡Viejos olivos sedientos  
bajo el claro sol del día,  
olivares polvorientos

del campo de Andalucía!  
¡El campo andaluz, peinado  
por el sol canicular,  
de loma en loma rayado  
de olivar y de olivar!  
¡Son las tierras  
soleadas,  
anchas lomas, lueños sierras  
de olivares recamadas!  
Mil senderos. Con sus machos,  
abrumados de capachos,  
van gañanes y arrieros.  
¡De la venta del camino  
a la puerta, soplan vino  
trabucaires bandoleros!  
¡Olivares y olivares  
de loma en loma prendidos  
cual bordados alamares!  
¡Olivares coloridos  
de una tarde anaranjada;  
olivares rebruñidos  
bajo la luna argentada!  
¡Olivares centelleados  
en las tardes cenicientas,  
bajo los cielos preñados  
de tormentas!...  
Olivares, Dios os dé  
los eneros  
de aguaceros,  
los agostos de agua al pie,  
los vientos primaverales  
vuestras flores recamadas;  
y las lluvias otoñales,  
vuestras olivas moradas.  
Olivar, por cien caminos,  
tus olivitas irán  
caminando a cien molinos.

Ya darán  
trabajo en las alquerías  
a gañanes y braceros,  
¡oh buenas fuentes sombrías  
bajo los anchos sombreros!...  
¡Olivar y olivaderos,  
bosque y raza,  
campo y plaza  
de los fieles al terruño  
y al arado y al molino,  
de los que muestran el puño  
al Destino,  
los benditos labradores,  
los bandidos caballeros,  
los señores  
devotos y matuteros!...  
¡Ciudades y caseríos  
en la margen de los ríos,  
en los pliegues de la sierra!...  
¡Venga Dios a los hogares  
y a las almas de esta tierra  
de olivares y olivares!

## II

A dos leguas de Úbeda, la Torre  
de Pero Gil, bajo este sol de fuego,  
triste burgo de España. El coche rueda  
entre grises olivos polvorientos.  
Allá, el castillo heroico.  
En la plaza, mendigos y chicuelos:  
una orgía de harapos...  
Pasamos frente al atrio del convento  
de la Misericordia.  
¡Los blancos muros, los cipreses negros!  
¡Agria melancolía  
como asperón de hierro

que raspa el corazón! ¡Amurallada  
piedad, erguida en este basurero!...  
Esta casa de Dios, decid, hermanos,  
esta casa de Dios, ¿qué guarda dentro?  
Y ese pálido joven,  
asombrado y atento,  
que parece mirarnos con la boca,  
será el loco del pueblo,  
de quien se dice: es Lucas,  
Blas o Ginés, el tonto que tenemos.  
Seguimos. Olivares. Los olivos  
están en flor. El carricoche lento,  
al paso de dos pencos matalones,  
camina hacia Peal. Campos ubérrimos.  
La tierra da lo suyo; el sol trabaja;  
el hombre es para el suelo:  
genera, siembra y labra  
y su fatiga unce la tierra al cielo.  
Nosotros enturbiamos  
la fuente de la vida, el sol primero,  
con nuestros ojos tristes,  
con nuestro amargo rezo,  
con nuestra mano ociosa,  
con nuestro pensamiento  
—se engendra en el pecado,  
se vive en el dolor. ¡Dios está lejos!—.  
Esta piedad erguida  
sobre este burgo sólido, sobre este basurero,  
esta casa de Dios, decid, ¡oh santos  
cañones de von Kluck!, ¿qué guarda dentro?





## ELMAÑANA EFÍMERO

*A Roberto Castrovido*

La España de charanga y pandereta,  
cerrado y sacristía,  
devota de Frascuelo y de María,  
de espíritu burlón y de alma quieta,  
ha de tener su mármol y su día,  
su inefable mañana y su poeta.  
El vano ayer engendrará un mañana  
vacío y ¡por ventura! pasajero.  
Serán un joven lechuzo y tarambana,  
un sayón con hechuras de bolero:  
a la moda de Francia, realista;  
un poco al uso de París, pagano,  
y al estilo de España, especialista  
en el vicio al alcance de la mano.  
Esa España inferior que ora y bosteza,  
vieja y tahúr, zaragatera y triste;  
esa España inferior que ora y embiste  
cuando se digna usar de la cabeza,  
aun tendrá luengo parto de varones  
amantes de sagradas tradiciones  
y de sagradas formas y maneras;  
florecerán las barbas apostólicas,  
y otras calvas en otras calaveras  
brillarán, venerables y católicas.  
El vano ayer engendrará un mañana  
vacío y ¡por ventura! pasajero,  
la sombra de un lechuzo tarambana,  
de un sayón con hechuras de bolero.  
El vacuo ayer dará un mañana huero.  
Como la náusea de un borracho ahíto  
de vino malo, un rojo sol corona  
de heces turbias las cumbres de granito;  
hay un mañana estomagante escrito  
en la tarde pragmática y dulzona.

Mas otra España nace,  
la España del cincel y de la maza,  
con esa eterna juventud que se hace  
del pasado macizo de la raza.  
Una España implacable y redentora,  
España que alborea  
con un hacha en la mano vengadora,  
España de la rabia y de la idea.

1913



## PROVERBIOS Y CANTARES

I

Nunca perseguí la gloria  
ni dejar en la memoria  
de los hombres mi canción;  
yo amo los mundos sutiles,  
ingrávidos y gentiles  
como pompas de jabón.  
Me gusta verlos pintarse  
de sol y grana, volar  
bajo el cielo azul, temblar  
súbitamente y quebrarse.

II

¿Para qué llamar caminos  
a los surcos del azar?...  
Todo el que camina anda,  
como Jesús, sobre el mar.

III

A quien nos justifica nuestra desconfianza  
llamamos enemigo, ladrón de una esperanza.  
jamás perdona el necio si ve la nuez vacía  
que dio a cascar al diente de la sabiduría.

#### IV

Nuestras horas son minutos  
cuando esperamos saber,  
y siglos cuando sabemos  
lo que se puede aprender.

#### V

Ni vale nada el fruto  
cogido sin sazón...  
Ni aunque te elogie un bruto  
ha de tener razón.

#### VI

De lo que llaman los hombres  
virtud, justicia y bondad,  
una mitad es envidia,  
y la otra no es caridad.

#### VII

Yo he visto garras fieras en las pulidas manos;  
conozco grajos mélicos y líricos marranos...  
El más truhán se lleva la mano al corazón,  
y el bruto más espeso se carga de razón.

#### VIII

En preguntar lo que sabes  
el tiempo no has de perder...  
Y a preguntas sin respuesta,  
¿quién te podrá responder?

#### IX

El hombre, a quien el hambre de la rapiña acucia,  
de ingénita malicia y natural astucia,  
formó la inteligencia y acaparó la tierra.  
¡Y aun la verdad proclama! ¡Supremo ardid de guerra!

#### X

La envidia de la virtud  
hizo a Caín criminal.  
¡Gloria a Caín! Hoy el vicio  
es lo que se envidia más.

#### XI

La mano del piadoso nos quita siempre honor;  
mas nunca ofende al darnos su mano el lidiador.  
Virtud es fortaleza, ser bueno es ser valiente;  
escudo, espada y maza llevar bajo la frente;  
porque el valor honrado de todas armas viste:  
no sólo para, hiere, y más que aguarda, embiste.  
Que la piqueta arruine, y el látigo flagele;  
la fragua ablande el hierro, la lima pula y gaste,  
y que el buril burile, y que el cincel cincele,  
la espada punce y hienda y el gran martillo aplaste.

#### XII

¡Ojos que a la luz se abrieron  
un día para, después,  
ciegos tornar a la tierra,  
hartos de mirar sin ver!

#### XIII

Es el mejor de los buenos  
quien sabe que en esta vida  
todo es cuestión de medida:  
un poco más, algo menos...

#### XIV

Virtud es la alegría que alivia el corazón  
más grave y desarruga el ceño de Catón.  
El bueno es el que guarda, cual venta del camino,  
para el sediento, el agua; para el borracho, el vino.

XV

Cantad conmigo en coro: Saber, nada sabemos,  
de arcano mar vinimos, a ignota mar iremos...  
Y entre los dos misterios está el enigma grave;  
tres arcas cierra una desconocida llave.  
La luz nada ilumina y el sabio nada enseña.  
¿Qué dice la palabra? ¿Qué el agua de la peña?

XVI

El hombre es por natura la bestia paradójica,  
un animal absurdo que necesita lógica.  
Creó de nada un mundo y, su obra terminada,  
«Ya estoy en el secreto—se dijo—: todo es nada.»

XVII

El hombre sólo es rico en hipocresía.  
En sus diez mil disfraces para engañar confía;  
y con la doble llave que guarda su mansión para la ajena hace gonzúa de ladrón.

XVIII

¡Ah, cuando yo era niño  
soñaba con los héroes de la Iliada!  
Ajax era más fuerte que Diomedes;  
Héctor, más fuerte que Ajax,  
y Aquiles, el más fuerte; porque era  
el más fuerte... ¡Inocencias de la infancia!  
¡Ah, cuando yo era niño  
soñaba con los héroes de la Iliada!

XIX

El casca-nueces-vacías,  
Colón de cien vanidades,  
vive de supercherías  
que vende como verdades.

XX

¡Teresa, alma de fuego;  
Juan de la Cruz, espíritu de llama;  
por aquí hay mucho frío, padres; nuestros  
corazoncitos de Jesús se apagan!

XXI

Ayer soñé que veía  
a Dios y que a Dios hablaba;  
y soñé que Dios me oía...  
Después soñé que soñaba.

XXII

Cosas de hombres y mujeres:  
los amoríos de ayer  
casi los tengo olvidados,  
si fueron alguna vez.

XXIII

No extrañéis, dulces amigos,  
que esté mi frente arrugada.  
Yo vivo en paz con los hombres  
y en guerra con mis entrañas.

XXIV

De diez cabezas, nueve  
embisten y una piensa.  
Nunca extrañéis que un bruto  
se descuerne luchando por la idea.

XXV

Las abejas, de las flores  
sacan miel, y melodía  
del amor, los ruiseñores;  
Dante y yo—perdón, señores—  
Trocamos—perdón, Lucía—  
el amor en Teología.

XXVI

Poned sobre los campos  
un carbonero, un sabio y un poeta.  
Veréis cómo el poeta admira y calla,  
el sabio mira y piensa...  
Seguramente, el carbonero busca  
las moras o las setas.  
Llevadlos al teatro  
y sólo el carbonero no bosteza.  
Quien prefiere lo vivo a lo pintado  
es el hombre que piensa, canta o sueña.  
El carbonero tiene  
llena de fantasías la cabeza.

XXVII

¿Dónde está la utilidad  
de nuestras utilidades?  
Volvamos a la verdad:  
vanidad de vanidades.

XXVIII

Todo hombre tiene dos  
batallas que pelear.  
En sueños lucha con Dios;  
y despierto, con el mar.

XXIX

Caminante, son tus huellas  
el camino, y nada más;  
caminante, no hay camino:  
se hace camino al andar.  
Al andar se hace camino,  
y al volver la vista atrás  
se ve la senda que nunca  
se ha de volver a pisar.  
Caminante, no hay camino,  
sino estelas en la mar.

XXX

«El que espera desespera»,  
dice la voz popular.  
¡Qué verdad tan verdadera!  
La verdad es lo que es,  
y sigue siendo verdad  
aunque se piense al revés.

XXXI

Corazón, ayer sonoro,  
¿ya no suena  
tu monedilla de oro?  
Tu alcancía,  
antes que el tiempo la rompa,  
¿se irá quedando vacía?  
Confiemos  
en que no será verdad  
nada de lo que sabemos.

XXXII

¡Oh fe del meditabundo!  
¡Oh fe después del pensar!  
Sólo si viene un corazón al mundo  
rebosa el vaso humano y se hincha el mar.

XXXIII

Soñé a Dios como una fragua  
de fuego que ablanda el hierro,  
como un forjador de espadas,  
como un bruñidor de aceros  
que iba firmando en las hojas  
de luz: Libertad.—Imperio.

XXXIV

Yo amo a Jesús que nos dijo:  
Cielo y Tierra pasarán.  
Cuando Cielo y Tierra pasen,  
mi palabra quedará.  
¿Cuál fue, Jesús, tu palabra?  
¿Amor? ¿Perdón? ¿Caridad?  
Todas tus palabras fueron  
una palabra: Velad.  
Como no sabéis la hora  
en que os han de despertar,  
os despertarán dormidos  
si no veláis; despertad.

XXXV

Hay dos modos de conciencia:  
una es luz, y otra paciencia.  
Una estriba en alumbrar  
un poquito el hondo mar;  
otra, en hacer penitencia  
con caña o red, y esperar  
el pez, como pescador.  
Dime tú: ¿Cuál es mejor?  
¿Conciencia de visionario  
que mira en el hondo acuario  
peces vivos,  
fugitivos,  
que no se pueden pescar,  
o esta maldita faena  
de ir arrojando a la arena,  
muertos, los peces del mar?

XXXVI

Fe empirista. Ni somos ni seremos.  
Todo nuestro vivir es prestado.  
Nada trajimos; nada llevaremos.

XXXVII

¿Dices que nada se crea?  
No te importe; con el barro  
de la tierra, haz una copa  
para que beba tu hermano.

XXXVIII

¿Dices que nada se crea?  
Alfarero, a tus cacharros.  
Haz tu copa, y no te importe  
si no puedes hacer barro.

XXXIX

Dicen que el ave divina,  
trocada en pobre gallina  
por obra de las tijeras  
de aquel sabio profesor  
—fue Kant un esquilador  
de las aves altaneras;  
toda su filosofía,  
un sport de cetrería—,  
dicen que quiere saltar  
las tapias del corralón  
y volar  
otra vez, hacia Platón.  
¡Hurra! ¡Sea!  
¡Feliz será quien lo vea!

XL

Sí, cada uno y todos sobre la tierra iguales:  
el ómnibus que arrastran dos pencos matalones,  
por el camino, a tumbos, hacia las estaciones;  
el ómnibus completo de viajeros banales,  
y en medio un hombre mudo, hipocondríaco, austero,  
a quien se cuentan cosas y a quien se ofrece vino...  
Y allá, cuando se llegue, ¿descenderá un viajero  
no más? ¿O habránse todos quedado en el camino?

# XLI

Bueno es saber que los vasos  
nos sirven para beber;  
lo malo es que no sabemos  
para qué sirve la sed.

# XLII

¿Dices que nada se pierde?  
Si esta copa de cristal  
se me rompe, nunca en ella  
beberé, nunca jamás.

# XLIII

Dices que nada se pierde,  
y acaso dices verdad;  
pero todo lo perdemos,  
y todo nos perderá.

# XLIV

Todo pasa y todo queda;  
pero lo nuestro es pasar,  
pasar haciendo caminos,  
caminos sobre la mar.

# XLV

Morir... ¿Caer como gota  
de mar en el mar inmenso?  
¿O ser lo que nunca he sido:  
uno, sin sombra y sin sueño,  
un solitario que avanza  
sin camino y sin espejo?

# XLVI

Anoche soñé que oía  
a Dios gritándome: ¡Alerta!  
Luego era Dios quien dormía,  
y yo gritaba: ¡Despierta!

# XLVII

Cuatro cosas tiene el hombre  
que no sirven en la mar:  
ancla, gobernalle y remos,  
y miedo de naufragar.

# XLVIII

Mirando mi calavera  
un nuevo Hamlet dirá:  
He aquí un lindo fósil de una  
careta de carnaval.

# XLIX

Ya noto, al paso que me torno viejo,  
que en el inmenso espejo  
donde orgulloso me miraba un día,  
era el azogue lo que yo ponía.  
Al espejo del fondo de mi casa  
una mano fatal  
va rayando el azogue, y todo pasa  
por él como la luz por el cristal.

# L

—Nuestro español bosteza.  
¿Es hambre? ¿Sueño? ¿Hastío?  
Doctor, ¿tendrá el estómago vacío?  
—El vacío es más bien en la cabeza.

# LI

Luz del alma, luz divina,  
faro, antorcha, estrella, sol...  
Un hombre a tientas camina;  
lleva a la espalda un farol.

## LII

Discutiendo están dos mozos  
si a la fiesta del lugar  
irán por la carretera  
o a campo traviesa irán.  
Discutiendo y disputando  
empiezan a pelear.  
Ya con las trancas de pino  
furiosos golpes se dan;  
ya se tiran de las barbas,  
que se las quieren pelar.  
Ha pasado un carretero,  
que va cantando un cantar:  
«Romero, para ir a Roma,  
lo que importa es caminar;  
a Roma por todas partes,  
por todas partes se va.»

## LIII

Ya hay un español que quiere  
vivir y a vivir empieza,  
entre una España que muere  
y otra España que bosteza.  
Españolito que vienes  
al mundo, te guarde Dios.  
Una de las dos Españas  
ha de helarte el corazón.



## PARÁBOLAS

### I

Era un niño que soñaba  
un caballo de cartón.  
Abrió los ojos el niño  
y el caballito no vio.  
Con un caballito blanco  
el niño volvió a soñar;  
y por la crin lo cogía...  
¡Ahora no te escaparás!  
Apenas lo hubo cogido,  
el niño se despertó.  
Tenía el puño cerrado.  
¡El caballito voló!  
Quedóse el niño muy serio  
pensando que no es verdad  
un caballito soñado.  
Y ya no volvió a soñar.  
Pero el niño se hizo mozo  
y el mozo tuvo un amor,  
y a su amada le decía:  
¿Tú eres de verdad o no?  
Cuando el mozo se hizo viejo  
pensaba: Todo es soñar,  
el caballito soñado  
y el caballo de verdad.  
Y cuando vino la muerte,  
el viejo a su corazón  
preguntaba: ¿Tú eres sueño?  
¡Quién sabe si despertó!

## II

*“A D. Vicente Ciurana”*

Sobre la limpia arena, en el tartesio llano  
por donde acaba España y sigue el mar,  
hay dos hombres que apoyan la cabeza en la mano:  
uno duerme, y el otro parece meditar.  
El uno, en la mañana de tibia primavera,  
junto a la mar tranquila,  
ha puesto entre sus ojos y el mar que reverbera,  
los párpados, que borran el mar en la pupila.  
Y se ha dormido, y sueña con el pastor Proteo,  
que sabe los rebaños del marino guardar  
y sueña que le llaman las hijas de Nereo,  
y ha oído a los caballos de Poseidón hablar.  
El otro mira al agua. Su pensamiento flota;  
hijo del mar, navega-o se pone a volar—.  
Su pensamiento tiene un vuelo de gaviota,  
que ha visto un pez de plata en el agua saltar.  
Y piensa: «Es esta vida una ilusión marina  
de un pescador que un día ya no puede pescar.»  
El soñador ha visto que el mar se le ilumina,  
y sueña que es la muerte una ilusión del mar.

## III

Érase de un marinero  
que hizo un jardín junto al mar,  
y se metió a jardinero.  
Estaba el jardín en flor,  
y el jardinero se fue  
por esos mares de Dios.

## IV

### **Consejos**

Sabe esperar, aguarda que la marea fluya  
—así en la costa un barco-, sin que el partir te inquiete.  
Todo el que aguarda sabe que la victoria es suya;

porque la vida es larga y el arte es un juguete.  
Y si la vida es corta  
y no llega la mar a tu galera,  
aguarda sin partir y siempre espera,  
que el arte es largo y, además, no importa.

## V

### **Profesión de Fe**

Dios no es el mar, está en el mar; riela  
como luna en el agua, o aparece  
como una blanca vela;  
en el mar se despierta o se adormece.  
Creó la mar, y nace  
de la mar cual la nube y la tormenta;  
es el Creador y la criatura lo hace;  
su aliento es alma, y por el alma alienta.  
Yo he de hacerte, mi Dios, cual Tú me hiciste,  
y para darte el alma que me diste  
en mí te he de crear. Que el puro río  
de caridad que fluye eternamente,  
fluya en mi corazón. ¡Seca, Dios mío,  
de una fe sin amor la turbia fuente!

## VI

El Dios que todos llevamos,  
el Dios que todos hacemos,  
el Dios que todos buscamos  
y que nunca encontraremos.  
Tres dioses o tres personas  
del solo Dios verdadero.

## VII

Dice la razón: Busquemos  
la verdad.  
Y el corazón: Vanidad.  
La verdad ya la tenemos.  
La razón: ¡Ay, quién alcanza



la verdad!  
El corazón: Vanidad.  
La verdad es la esperanza.  
Dice la razón: Tú mientes.  
Y contesta el corazón:  
Quien miente eres tú, razón,  
que dices lo que no sientes.  
La razón: Jamás podremos  
entendernos, corazón.  
El corazón: Lo veremos.

### VIII

Cabeza meditadora,  
¡qué lejos se oye el zumbido  
de la abeja libadora!  
Echaste un velo de sombra sobre  
el bello mundo, y vas  
creyendo ver porque mides  
la sombra con un compás.  
Mientras la abeja fabrica,  
melifica,  
con jugo de campo y sol,  
yo voy echando verdades  
que nada son, vanidades  
al fondo de mi crisol.  
De la mar al precepto,  
del precepto al concepto,  
del concepto a la idea  
—¡oh la linda tarea!—,  
de la idea a la mar.  
¡Y otra vez a empezar!



### UNA ESPAÑA JOVEN

...Fue un tiempo de mentira, de infamia. A España toda,  
la malherida España, de Carnaval vestida  
nos la pusieron, pobre y escuálida y beoda,  
para que no acertara la mano con la herida.  
Fue ayer; éramos casi adolescentes; era  
con tiempo malo, encinta de lúgubres presagios,  
cuando montar quisimos en pelo una quimera,  
mientras la mar dormía ahíta de naufragios.  
Dejamos en el puerto la sórdida galera,  
y en una nave de oro nos plugo navegar  
hacia los altos mares, sin aguardar ribera,  
lanzando velas y anclas y gobernalles al mar.  
Ya entonces, por el fondo de nuestro sueño—herencia  
de un siglo que vencido sin gloria se alejaba—  
un alba entrar quería; con nuestra turbulencia  
la luz de las divinas ideas batallaba.  
Mas cada cual el rumbo siguió de su locura;  
agilitó su brazo, acreditó su brío;  
dejó como un espejo bruñida su armadura  
y dijo: «El hoy es malo, pero el mañana... es mío.»  
Y es hoy aquel mañana de ayer... Y España toda,  
con sucios oropeles de Carnaval vestida  
aún la tenemos: pobre y escuálida y beoda;  
mas hoy de un vino malo: la sangre de su herida.  
Tú, juventud más joven, si de más alta cumbre  
la voluntad te llega, irás a tu aventura  
despierta y transparente a la divina lumbré:  
como el diamante clara, como el diamante pura.